EL SIGNO DE LOS CUATRO

 Sir Arthur Conan Doyle

—¡Oh! Le Villard exagera mi ayuda —contestó Sherlock Holmes—, cuando él mismo posee virtudes muy apreciables; tiene dos de las tres cualidades necesarias para ser un detective ideal: el poder de observación y el de deducción. Lo único que le falta es el conocimiento, que con el tiempo, puede llegar a adquirir. Ahora está traduciendo unos pequeños trabajos míos al francés. ¡Ah! ¿No lo sabía usted? —exclamó Holmes riéndose—. Pues sí, me confieso "culpable" de algunas monografías, todas sobre asuntos técnicos. Aquí tiene usted, por ejemplo, una sobre la diferencia entre las cenizas de los distintos tabacos, en la cual numero ciento cuarenta formas de cigarros, cigarrillos y tabaco de pipa, con grabados a colores, ilustrativos de la diferencia de las cenizas. Es éste un punto que se presenta continuamente como tema de estudio en los juicios criminales, y a veces tiene una importancia decisiva. Si, por ejemplo, usted puede establecer de una manera definitiva que un asesinato ha sido cometido por un hombre que fumaba tabaco indio lukah, es obvio que el terreno de las pesquisas queda reducido con esa sola observación. Para un ojo ejercitado hay tanta diferencia entre la negra ceniza de un Trichinopolis y la blanca ceniza de un Ojo de Pájaro, como la puede haber entre un repollo y una patata. 1 Magnífico, un golpe maestro, un gran esfuerzo.—Usted posee un genio extraordinario para las minuciosidades —le dije. —Aprecio la importancia que tienen. Esta otra monografía trata de las huellas de los pies, con algunas observaciones sobre el empleo de la pasta de París para conservar intactas las huellas. Y aquí tiene usted también una curiosa obrita sobre la manera como los diferentes oficios configuran las manos, con litografías de manos de pizarreros, tejedores y pulidores de diamantes. El asunto es de gran interés práctico para el detective científico, especialmente cuando se trata de cadáveres que nadie reclama o para descubrir los antecedentes de los criminales. Pero estoy cansándolo a usted con mi charla. —De ninguna manera —le contesté con ardor—. Estas cosas me interesan muchísimo, en especial desde que he tenido la oportunidad de observar la aplicación práctica que usted les da. Pero hace un momento hablaba usted de observación y deducción. En cierta medida, una implica a la otra. —¿Por qué? ¡Difícilmente! —Replicó Holmes, recostándose con pereza en su sillón y despidiendo azules y espesas volutas de humo—. Por ejemplo, la observación me demuestra que usted ha estado esta mañana en la oficina de correos de la calle Wingmore; y la deducción me permite saber que usted fue a esa oficina a expedir un telegrama. —¡Justo! —exclamé—. ¡Justo en ambas cosas! Pero, confieso que no alcanzo a ver cómo ha llegado usted a adivinarlo. La idea de ir al correo se me ocurrió de súbito, y a nadie he hablado de eso.—La cosa es sencillísima —me contestó sonriendo al ver mi sorpresa— tan absurdamente sencilla que su explicación es superflua, pero voy a hacérsela a usted, porque va a servirme para definir los límites entre la observación y la deducción. La observación me hace ver que usted tiene un poco de barro de color rojizo adherido a su zapato, y precisamente delante de la oficina de correos de la calle Wingmore ha sido removido el pavimento y extraída la tierra de tal manera que es difícil entrar en la oficina sin pisarla. Esa tierra tiene un peculiar color rojizo que, a mi parecer, no existe en ningún otro lugar de nuestro barrio. He aquí la observación; el resto es deducción. —¿Y cómo deduce usted lo del telegrama? —Desde luego sé que usted no ha escrito carta alguna, pues toda la mañana hemos estado sentados frente a frente. Después he visto que en su escritorio, que está abierto, tiene usted una hoja entera de estampillas y un grueso paquete de tarjetas postales. ¿A qué iría usted, pues, a la oficina de correos, si no fuese a enviar un telegrama? Eliminando factores, el que queda tiene que ser verdadero. —En este caso así es —contesté, después de reflexionar un instante—. Y además estoy de acuerdo en que la cuestión es de las más sencillas. ¿Me calificaría usted de impertinente si quisiera someter sus teorías a una prueba más severa?

 —Le he oído decir que es difícil que un hombre use diariamente un objeto sin dejarle impresa su individualidad, hasta el punto de que un observador ejercitado puede leerla en el objeto. Pues bien; aquí tengo un reloj que llegó a mi poder hace poco. ¿Tendría usted la amabilidad de darme su opinión respecto al carácter y costumbres de su anterior dueño? Le entregué el reloj, ocultando un ligero sentimiento de burla, pues, en mi opinión, la prueba era imposible y la había propuesto como una lección contra el tono, en cierto modo dogmático, que Holmes asumía a veces. Mi amigo volvió el reloj de un lado a otro, miró fijamente la esfera, abrió las tapas de atrás, y examinó la máquina, primero a simple vista y luego con un poderoso lente convexo. Trabajo me costó no reírme al ver la expresión de su rostro, cuando por fin cerró las tapas y me devolvió el reloj. —Apenas si he encontrado algo —observó—. Ese reloj ha sido limpiado recientemente y sustrae de mi vista los hechos más sugerentes. —Tiene usted razón —le contesté—. Antes de enviármelo lo limpiaron. En el fondo de mi corazón yo acusaba a mi compañero de invocar una cómoda excusa para ocultar su fracaso. ¿Qué datos habría podido proporcionarle el reloj aun cuando no hubiera sido limpiado? —Si bien insatisfactoria, mi investigación no ha sido completamente inútil —agregó Holmes, fijando en el techo sus ojos soñadores y apagados—. Salvo rectificaciones que usted pueda hacer, me parece que ese reloj ha pertenecido a su hermano mayor, quien lo heredó de su padre. —Eso lo calcula usted sin duda por las iniciales H. W. grabadas atrás. —Así es; la W es el apellido de usted. El reloj ha sido fabricado hace unos cincuenta años y las iniciales son tan antiguas como el reloj mismo, lo que quiere decir que éste fue hecho para la generación anterior a la nuestra. Las joyas pasan generalmente a poder del hijo mayor, y éste tiene casi siempre el mismo nombre de su padre. Si mal no recuerdo, el padre de usted murió hace años, y por consiguiente, el reloj ha estado en manos de su hermano mayor. —Hasta ahí, todo es exacto —contesté. —El hermano de usted era de costumbres desordenadas; sí, muy descuidado y negligente. Cuando murió su padre, quedó en buenas condiciones, pero desperdició todas las oportunidades de progresar, y por algún tiempo vivió en la pobreza, con raros intervalos de prosperidad, hasta que se dio a beber y, por fin, murió. Eso es todo cuanto he podido saber. De un salto me levanté de la silla y comencé a pasearme impacientemente por el cuarto, con el corazón lleno de amargura. —Esto no es digno de usted, Holmes —exclamé—. Nunca hubiera podido creer que usted descendiera hasta eso. Usted ha hecho averiguaciones sobre la historia de mi infeliz hermano, y ahora pretende usted deducir de manera fantástica lo que ya sabía. ¡No piense usted que voy a creer que todo eso lo ha leído en un reloj viejo! El proceder es poco amistoso, y, para hablar claro, tiene sus ribetes de charlatanismo. —Mi querido doctor —me respondió amablemente Holmes—, le ruego acepte mis excusas. Consideraba el asunto como un problema abstracto, y olvidaba que, tocándole a usted personalmente tan de cerca, le sería doloroso. Pero le aseguro que hasta el momento en que puso en mis manos ese reloj, no sabía que usted hubiera tenido un hermano. —Y entonces, por vida de cuanto puede ser maravilloso, ¿de qué manera ha podido usted conocer los hechos que acaba de citar? Todos ellos son absolutamente correctos hasta en sus más mínimos detalles. —¡Ah!, veo que he tenido suerte, pues tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de acertar y no creí ser tan exacto. —¿Pero cómo ha procedido usted? ¿Por simple adivinación? —No, no; yo nunca trato de adivinar. Esa costumbre es perniciosa, destructiva de la facultad lógica. Su extrañeza proviene por que no sigue el curso de mis pensamientos ni observa los pequeños hechos de que pueden derivarse ambas consecuencias. Yo principié, por ejemplo, por asegurar que su hermano era descuidado; si usted observa con detenimiento el reloj, verá que no sólo está abollado en dos partes, sino también todo rayado y marcado, porque lo han tenido en el mismo bolsillo con otros objetos duros, como llaves o monedas; y no es seguramente una hazaña suponer que el hombre que trata con tanto desenfado un reloj que cuesta cincuenta guineas, es muy descuidado. Con un movimiento de cabeza le hice ver que seguía su razonamiento. —Es costumbre general entre los prestamistas ingleses, cada vez que reciben un reloj en empeño, trazar el número de la papeleta con un alfiler en la parte inferior de la tapa; esto es más cómodo que ponerle un letrero, pues así no hay riesgo de que el número se pierda o extravíe. Pues bien, en el interior de la tapa de ese reloj hay no menos de cuatro de esos números, visibles con la ayuda de mi lente. Primera conclusión: su hermano se veía frecuentemente en aguas muy bajas. Segunda conclusión: tenía a veces sus ráfagas de prosperidad, sin lo cual no hubiera podido reunir recursos con que rescatar la prenda. Por último, le ruego que mire usted la tapa interior, en la que está el agujero de la llave. ¿Qué manos de un hombre que no hubiera bebido podrían haber hecho todas esas marcas con la llave? En cambio, nunca verá usted un reloj de borracho que no las tenga; el borracho da cuerda por la noche a su reloj y deja en él los rastros de la inseguridad de su mano. ¿Dónde está el misterio de esto? —Es tan claro como la luz del día —contesté—. Siento la injusticia que le hice. Debería tener más fe en sus extraordinarias facultades. ¿Puedo preguntarle si tiene en la actualidad alguna investigación profesional en mente? —Ninguna. Por eso es que recurro a la cocaína. No puedo vivir sin que mi cerebro funcione intensamente. ¿Qué otra razón hay para vivir? Asómese aquí a la ventana. ¿Vio jamás un mundo más pesado, más aburrido y más soso? Vea cómo la niebla amarillenta cubre las casas incoloras. ¿Puede haber algo más desesperadamente prosaico? ¿Qué objeto tiene poseer facultades extraordinarias, doctor, si no se tiene ningún campo en que ejercerlas? El crimen es vulgar, la existencia es vulgar. Ninguna cualidad, excepto las vulgares, tiene función sobre la tierra. Había abierto la boca para contestar cuando nuestra patrona entró llevando una tarjeta sobre una bandeja de latón. —Una joven quiere verlo, señor —dijo dirigiéndose a mi compañero. —Señorita Mary Morstan —leyó—. ¡Hum! No recuerdo ese nombre. Dígale a la joven que suba, señora Hudson. No se vaya, doctor. Prefiero que se quede aquí.

 (extracto del capítulo 1)